

RESEÑAS

Inseguridad y violencia en Colombia, General Alvaro Valencia Tovar, Bogotá; Universidad Sergio Arboleda, 1997, 161 páginas, edición en rústica; mapas.

Russell W. Ramsey

Después de revisar varias publicaciones profesionales, estoy muy consciente de que la literatura sobre la guerra contra el narcotráfico se divide según la causa percibida de la misma, pues hay quienes insisten en que la causa de la peste de la droga reside en el lado oferta, incluyendo los fabricantes y distribuidores de narcóticos; en tanto que otros sostienen que es principalmente el lado demanda, o sea el consumidor, el verdaderamente culpable. Antes de leer el libro *Inseguridad y violencia en Colombia*, había esperado que el autor, el general Álvaro Valencia Tovar, le asignara al menos parte de la culpa, no con rencor sino con su objetividad y honestidad de siempre, al lado demanda y esencialmente a Estados Unidos, desde donde emanan los torrentes de dinero empleado para costear la corrupción, el asesinato, la circunvolución económica, el tumulto político y la destrucción de la familia dentro de Colombia.

En el año 1990, los consumidores de narcóticos enviaron unos US\$1,2 mil millones a Colombia a cambio de productos de cocaína, subiendo esa suma hasta alcanzar más de US\$6 mil millones en el año 1997. Si bien esta inundación de dinero corrompe la más antigua de las democracias bipartitas de Latinoamérica, el Ejército colombiano y la Policía Nacional sufren 300 muertos en combate por año, lo cual implica un total desde 1985 mayor que la suma de soldados y policías estadounidenses muertos en eventos de la Guerra Fría posteriores a la Guerra de Vietnam. La discusión en el Congreso de Estados Unidos sobre los escasos fondos destinados a Colombia para fines de asistencia de seguridad y adiestramiento para los elementos comprometidos en la lucha contra el narcotráfico, gira principalmente en torno al cómo echar la culpabilidad moral a Bogotá más bien que a Washington.

Dado el hecho de que el General Valencia Tovar ha trabajado estrechamente con el Ejército de Estados Unidos durante su larga carrera, uno bien podría esperar que le dedicara por lo menos una parte de su análisis al papel de Estados Unidos en la guerra. Pero, al igual como los historiadores colombianos que, en la redacción de textos académicos, dejan de criticar a los “yanquis” al presentar la notoria intervención de Estados Unidos en cuestiones de soberanía colombiana en la

creación de la República de Panamá en el año 1902, así también Valencia Tovar evita hacer mención del papel incalculablemente destructivo que desempeñó Estados Unidos en causar el flagelo de los narcóticos dentro de Colombia.

Las dos secciones iniciales describen una Colombia dividida, donde existen simultáneamente una democracia moderna y una sociedad controlada por los narcotraficantes en condiciones casi anárquicas. El lazo que establece entre las nombradas anteriormente es absolutamente excelente. Luego describe la triste historia de violencia cívica en Colombia, seguido de una sección que demuestra el cómo el comunismo interno se juntó con el exportado por Cuba para lograr penetrar la cultura colombiana de violencia rural durante la Guerra Fría, dejando estructuras que actualmente se encuentran plenamente integradas en las organizaciones narcotraficantes. Una descripción fáctica de los grupos armados subversivos que operan en el país desde la década de los años 70 se encuentra en la siguiente sección, después de la cual el autor ofrece una síntesis histórica de la unión diabólica de los guerrilleros comunistas con los grupos de bandidos rurales y su subsecuente integración con los grupos criminales, a los cuales los medios de comunicación estadounidenses se refieren común y erróneamente como los “narcotraficantes”. La realidad es que la “narcoguerrilla” consiste en una coalición de criminales homicidas pseudo-revolucionarios, que ganan miles de millones de dólares a través de la producción y venta de drogas, van armados con las mejores armas y tecnologías, y se ocultan bajo una cobertura de engaño tan sofisticada que los periodistas norteamericanos y muchos eruditos nunca se han dado cuenta de que han sido víctimas de sus tácticas de decepción y manipulación.

He aquí las tres decepciones estratégicas que los narcotraficantes han logrado imponer a la mayor parte de los periodistas norteamericanos e incluso a muchos analistas de la política de guerra contra el narcotráfico. Primero, aunque no existe ningún motivo legítimo por la existencia de una guerrilla armada en una democracia abierta como es la de Colombia, los periodistas estadounidenses suelen presentar a las llamadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) como

un grupo ideológico comprometido en una lucha por una causa que tiene alguna justificación moral. Segundo, los llamados guerrilleros eran delincuentes en el pasado y, en el presente, no son más que “narcosecuaces” bien armados que operan desde un refugio seguro —una especie de “estado dentro del Estado”— desde donde asesinan, mutilan, intimidan y efectivamente controlan todos los sectores de la vida pública y privada en Colombia. Tercero, no existe ninguna red de paramilitares derechistas supuestamente patrocinados por el Gobierno, cuya existencia pudiera crear la necesidad de grupos de ciudadanos armados en defensa propia. Esta idea es una fantasía estratégica elaborada por la narcoguerrilla con el fin de confundir a los políticos norteamericanos y debilitar el apoyo externo para las fuerzas militares y policiales de Colombia, las cuales constituyen los únicos organismos inmunes a la corrupción de la narcoguerrilla y capaces de vencerla en combate.

Estas tres ideas cruelmente tergiversadas dominan casi todos los informes sobre Colombia en los medios noticieros de Estados Unidos, y Valencia Tovar demuestra claramente las evidencias tendientes a comprobar que forman parte de la operación de decepción estratégica más eficaz de la historia del hemisferio occidental. Sin embargo, el autor no menciona abiertamente esta distorsión casi universal, sino más bien describe la estructura a través de la cual la narcoguerrilla representa eventos, repletos de matanza y tortura, grabando en cinta de video sus secuaces vestidos de uniformes militares, en el proceso de perpetrar abusos de los “derechos humanos”, y tramitando la entrega a la prensa de sofisticadas películas “prestas para el público” a través de respetados intermediarios.

Valencia Tovar ofrece un resumen del cómo la máquina de la narcoguerrilla opera en los campos político, militar y económico, como un estado-dentro-del-Estado; después de lo cual el autor presenta su sección preceptiva. Propone seis medidas correctivas, a saber: 1) Colombia debe entender el *problema total*; 2) Los

colombianos deben entender que existen *múltiples fuerzas* que en su conjunto *están amenazando la supervivencia de la Nación*; 3) Los colombianos deben reconocer la dimensión ideológica —la revolución colectivista— del programa de la narcoguerrilla, para luego poder *combatirla en el nivel político*; 4) El Gobierno colombiano debe *emplear la fuerza adecuada*, cuando sea necesario recurrir a la fuerza, y en el momento oportuno; 5) La población colombiana debe *desarrollar la voluntad política* requerida para combatir la narcoguerrilla en todos los niveles; 6) Después de crear una estrategia nacional para derrotar a la narcoguerrilla,

Colombia tendrá que *desarrollar y llevar a cabo una estrategia militar de implantación*.

Finalmente, Valencia Tovar ofrece dos opciones para la Nación: cambiar el modo de pensar de cada sector de la sociedad colombiana, o declarar una guerra total contra la narcoguerrilla y proseguirla con la resolución de triunfar, por más largo y costoso que sea el conflicto. Presenta claramente la magnitud de estos dos cursos de acción. La aproximación educacional parece ser la más humanitaria, pero resulta más difícil de orquestar y su conducción tomará 40 años para completarse. La alterna-

tiva político-militar implica un precio de miles de millones de dólares y decenas de miles de vidas. Ninguna opción puede ser materializada por personas pusilánimes; el autor le presenta al lector una descripción realista de la amenaza que lleva inevitablemente a la conclusión de que no existe otra solución más barata.

Hace ya 30 años que yo observo mientras que la prensa y ciertos miembros de la comunidad académica —no todos— propagan una imagen falsa del Ejército de Colombia, acusándolo de abusos de los derechos humanos aún cuando los eruditos más conocedores, los sondeos de la opinión pública en Colombia, y los expertos militares unánimemente destacan a dicha institución como líder mundial en operaciones humanitarias en el interior y en operaciones internas de mantenimiento de la paz. El Ejército de Colombia es al mismo tiempo la víctima de los cobardes narcoguerrilleros



Foto: Defensa Nacional

General Alvaro Valencia Tovar

homicidas en campaña, y de los irresponsables periodistas estadounidenses que sencillamente rehusan admitir que se están dejando engañar por una mezcla astuta de las distorsiones políticas de la izquierda radical y de las ganancias del narcotráfico, pagadas a quien quiera que esté dispuesto a promulgar cualquier mentira que les convenga por un precio suficiente. Los alcaldes municipales en la región del Sinaí, vigilada por la Fuerza Multinacional y de Observadores, aún informan que dicho sector parece estar milagrosamente libre de tumulto y violencia. Los sondeos de la opinión pública en Colombia siempre indican que el Ejército continúa siendo la institución nacional más respetada del país, con excepción de los sacerdotes. Valencia Tovar demuestra claramente en el libro aquí revisado que los supuestos “paramilitares derechistas”, perfilados en los medios de comunicación en Estados Unidos como una repetición de los eventos de El Salvador en 1981, son en realidad grupos de agricultores semiadestrados que viven fuera de la influencia protectora del Ejército, y que sólo quieren protegerse de la extorsión y de los asesinatos diarios.

Algunos liberales políticos en Estados Unidos han abogado por la descertificación del Ejército de Colombia, para así privarle de los medios de Asistencia de Seguridad y de fondos para la guerra contra el narcotráfico, basado en evidencias falsas creadas por la narcoguerrilla y sus secuaces asesinos como actores en entrevistas con la prensa compradas con dinero e intimidación. Algunos conservadores estadounidenses han contestado con propuestas tan irresponsables como emplear armas químicas tóxicas y lanzar torrentes de bombas altamente explosivas en toda la parte interior de Colombia. Otra solución equivocada planteada por los conservadores norteamericanos es anular la asistencia de seguridad para Colombia en aras de la reducción presupuestaria, idea ésta que no es otra cosa que una hipocresía desalmada porque los consumidores de narcóticos en Estados Unidos son los que crearon el problema del narcotráfico en Colombia y siguen siendo su principal baluarte económico.

Cuando Corea del Norte invadió Corea del Sur en el año 1950, el presidente Harry S. Truman buscó aliados y Colombia fue el único país latinoamericano en acudir con una fuerza de combate, la cual se desempeñó con distinción. Cuando el conflicto árabe-israelí presentó una amenaza en 1956, le tocó al presidente Dwight Eisenhower reunir apoyo entre los aliados internacionales, y una vez más el batallón colombiano fue el único contingente latinoamericano en contestar la llamada. En 1981, la URSS impidió los esfuerzos iniciados por la ONU por mantener la paz a raíz de la crisis árabe-israelí de ese año, y el presidente Ronald Reagan de nuevo solicitó el apoyo de los países aliados; también en esa ocasión el Ejército Colombiano contestó y sigue siendo una de las pocas instituciones con un historial de éxito en misiones de mantenimiento de la paz en esa región.

Pero cuando Colombia recurrió a su amigo y mentor norteamericano para pedirle apoyo en la prosecución de la guerra contra el narcotráfico —una guerra causada por el consumo masivo de drogas en Estados Unidos— los ciudadanos estadounidenses contestaron enviándole cada vez más dinero a la narcoguerrilla, sermones moralistas a los soldados comprometidos en la lucha, y abundantes informes periodísticos de gran utilidad en el estratagema del narcoguerrillero, cuya finalidad es neutralizar al Gobierno legítimo y gobernar a través de la narcoanarquía. Es así que el soldado-estadista preeminente de Colombia actualmente les está exhortando a sus compatriotas a seguir la lucha sin apoyo externo, pues al vecino en el norte no le conviene admitir su complicidad como causa del problema de la cocaína. De ahí que el mejor libro hasta ahora redactado sobre la guerra contra el narcotráfico sea en realidad una afirmación moral, aunque admitidamente sin que el mismo autor lo haya percibido así. Uno llega a la conclusión de que Estados Unidos está muy dispuesto a aceptar el apoyo de otra nación, si tal apoyo se le ofrece, pero no contestará cuando ésta le pide asistencia recíproca. **MR**

El doctor Russell Ramsey es profesor visitante en la Escuela de las Américas (SOA). Fue profesor de Asuntos de Seguridad Nacional en la Escuela de Comando y Estado Mayor de la Fuerza Aérea. También cumplió funciones como Director de Estudios de Seguridad en América Latina y en África, como Profesor adjunto de historia en las Universidades de Troy y Auburn en Montgomery, Alabama, y, en 1961, como instructor en la SOA. Prestó servicios en Vietnam como paracaidista en la 101ª Brigada de Paracaidistas en la 1ª División de Caballería Aérea. Es autor de varios libros y artículos sobre diversos temas militares. De interés especial para los lectores interesados en la historia de la guerrilla en Colombia son el libro Guerrilleros y soldados (Bogotá, 1981) y el artículo “U.S. Narcotics Addiction Wrecks Colombian Democracy”, publicado en la revista británica Army Quarterly and Defense Journal, enero de 1990.